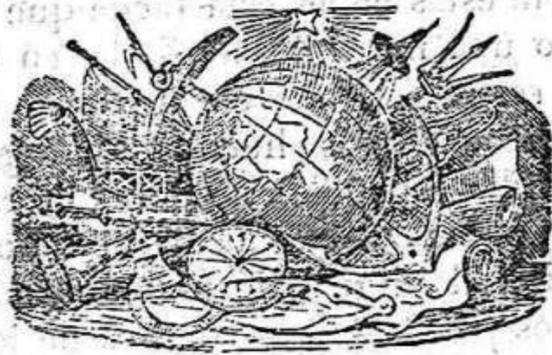


ALMACEN  
DE FRUTOS LITERARIOS.



Semanario de Palma.

DOMINGO 7 DE MAYO DE 1845.

La Semana Santa en Roma

en marzo de 1842.

Génova.

El Sacro-Catino es para Génova lo que la bandera de Santiago fué para los españoles, el Oriflama para los franceses, y el Leon de S. Márcos para Venecia. Es una reliquia santa bajo cuyo patrocinio estaba la república. *Catino* quiere decir en italiano fuente, y esta fuente era un plato de esmeralda, regalo de la reina de Sabaa á Salomon, y que habia servido al Salvador del mundo en la última cena.—En otro tiempo se custodiaba en un armario de hierro y solo el Dux tenia su llave. Todos los años el jueves santo, se enseñaba solemnemente al pueblo, y un prelado lo tenia en la mano pendiente de un cordon, y rodeado de una guardia particular de caballeros llamados *Clavigeri* ó *Portallaves*. La ley prohibia con pena capital el tocar el Sacro-Catino con la mano, ó con cualquier metal.—Muchos pretenden con burla que este plato tan célebre de esmeralda es un vidrio pintado.

Nada importa esto. El Sacro-Catino ha hecho hacer grandes cosas á los genoveses, y es preciso acatar aun las supersticiones de los pueblos, cuando ellas han sido origen de gloria y de proezas.

En todas las iglesias de Génova se admira una profusion de adornos y de ofrendas que contrasta con la sencillez, con la miseria de los adoradores. Ven-

se altares de donde penden de anchas cintas de colores multitud de lámparas de oro y plata, cuadros, donde con detrimento del arte, hay sobrepuestas riquísimas coronas de pedrería brillante.

El día era festivo por ser la purificación de la Virgen. Así, fuimos al paseo á la calle triunfal de *Balbi y Piazza del Aqua verde*.

Cuán hermosas estaban estas calles esta tarde que el sol de Italia las inundaba con su luz, cuando una multitud desfilaba en numerosos grupos entre su doble fila de edificios reales, cuando en medio de frailes de todas religiones y colores, se veían circular esas hermosas mugeres con su velo blanco, dulce recuerdo de la mantilla española, mugeres de esvelto talle, color moreno, ojos de fuego, andar noble, voz dulcemente sonora, que son las hijas de esta bella y magestuosa ciudad, dignas de haber nacido bajo su cielo azul, de haber crecido en sus aéros jardines á la sombra de los naranjos, y embalsamando su aliento el purísimo azaar. Nosotros no conocíamos á nadie, no podíamos dirigir á nadie nuestras palabras, solo podíamos mirar asombrados. ¡Estábamos solos en medio de tan bella multitud!

Por la noche fuimos al teatro. Tres son los de Génova. Los de San Agustín y de las Viñas de un orden inferior, y el de *Cárlos Feliz*, uno de los mas estensos y magníficos que tiene la Italia, llamado así del nombre del monarca bajo cuyos auspicios fué construido. Se le inauguró en 1828 con la mayor pompa. Sus adornos interiores son dignos de la bellísima fachada. Tiene 170 palcos y están distribuidos todos sus asientos en una inmensa platea y 6 pisos. A pesar de su vastísima capacidad estaba todo lleno, presentando un hermoso punto de vista. Encima del telón de embocadura hay un cuadro transparente donde se marca la hora y los minutos, saltando estos de cinco en cinco por un mecanismo particular. Cantaron la ópera nueva de Mercadante, *Il Juramento*, que fué oída con extraordinario aplauso, haciendo repetir algunas piezas dos y tres veces, costumbre muy frecuente en los teatros todos de Italia.

Habia máscaras en el teatro de *Cárlos Feliz* despues de la ópera en un salon magnífico construido al intento, pero se necesitaba presentarse en él por orden del gobierno, con frac negro, pantalón, y zapato de la misma manera que en el mas aristocrático soiré de Paris, y nuestros equipages habian quedado á bordo del *Lombardo*.

Determinamos ir al *festone de Justiniano*, gran baile de máscaras donde no eran tan rígidos y severos en el vestido.

Vimos diversidad de caprichosos trages, circulamos por sus espaciosas y bien iluminadas salas, y vimos en una de ellas por primera vez á uno de esos improvisadores que tanto abundan en la Italia, que llenos de inspiracion recitan largas tiradas de armoniosos versos, á que tanto se presta la dulzura y flexibilidad de la lengua, rodeado de una multitud curiosa y en el mas profundo silencio.

A la una nos retiramos del *festone*, la noche era hermosa, la luna se reflejaba sobre las fachadas de granito, y las calles desiertas y oscuras no presentaban un aspecto menos grato que cuando por la tarde las habíamos contemplado llenas de vida por la multitud, é iluminadas por el sol. Miré aquellos suntuosos pórticos tristemente alumbrados por sombríos fanales que mecía la brisa de la noche. Todo presentaba entonces la imagen de la soledad. Entonces se veía á Génova ciudad, cuyos hermosos días, cuyo poder pasaron. — De cuantas escenas de alegría y de dolor, de poder y abatimiento, de orgullo y miseria, habrán sido testigos esos viejos palacios! Recordando lo pa-

sado veía los actores de esa antigua y poderosa república. Por allí subían y bajaban esas familias de héroes opulentos, acostumbrados á surcar los mares con vestidos recamados de oro y rica pedrería: esos *podestás* venidos de fuera para gobernar hombres demasiado envidiosos para sufrir la supremacía, el gobierno de uno de sus conciudadanos: esos áltivos capitanes que batieron á los sarracenos, los españoles, pisanos y venecianos: esos *duxs* de frente magna y severa, hijos del pueblo: esas mugeres hermosas é intrigantes que separaron sus familias, y crearon los implacables partidos de Guelfos y Gibelinos, Fieschis y Dorias, Grimaldis y Spinolas que gozaban del fruto de todas sus conquistas, que aguardaban la vuelta de las galeras en corso, porque á su vuelta los intrépidos mercaderes venían á arrojar á sus pies, las telas de seda, las joyas, las perlas.

Todos estos palacios están desiertos é inhabitados. Su soledad resalta con la soledad, con las sombras de la noche. Al desaparecer esa ilustre raza de gloriosas familias, de señores magníficos, almirantes, guerreros, *duxs*, senadores, comerciantes armados, y heroicos mercaderes, han dejado numerosos descendientes. Dónde están? Dónde habitan? Herederos de esos edificios, se reconocen demasiado pequeños para habitar los inmensos palacios de sus antepasados, hijos degradados temen encontrar en sus salones las orgullosas sombras de sus abuelos. Se han retirado á los pisos altos de esos mismos palacios, se han ido á buscar en ocultos rincones la sombra y el silencio, y han dejado desiertas las casas de sus padres. Algunos han degenerado hasta el extremo de alquilarlas á poco precio, para almacenes, fondas, y otros usos mecánicos. Qué mengua! qué degradacion!

Al día siguiente, tres, continuamos nuestras escursiones por la hermosa ciudad. El tiempo era delicioso. Visitamos la universidad, magnífico edificio, en cuyo vestibulo se admiran dos leones colosales de mármol del mas esquisito trabajo. Las cátedras están adornadas de frescos y contienen excelentes cuadros. La gran sala donde se confieren los grados tiene hermosos frescos de *Andrea Carloni* y seis magníficas estatuas de bronce de Juan de Bolonia, estatuas que durante la dominacion francesa permanecieron cuidadosamente enterradas, sin cuya precaucion hoy adornarian alguno de los salones del Louvre, como tantas otras preciosidades allí existentes y arrebatadas por la violencia y el derecho supremo de conquista. Fué fundada la universidad en 1625 por el jesuita Juan Francisco Balbi. Hay quinientos estudiantes, y se enseña jurisprudencia civil y canónica, teología, medicina y filosofía. La universidad tiene una hermosa capilla donde obligan á los estudiantes á oír misa, y recibir los sacramentos.

Hay además un Seminario de Nobles, dirigido por los jesuitas, y para su establecimiento se les ha entregado en 1840 el palacio de la reina viuda de Cerdeña que se halla en la calle de Balbi; y está decorado con infinito gusto y magnificencia.

Visitamos la bolsa y gran sala del banco de S. Jorge. El banco habia sido en tiempo de la república el defensor indirecto de la libertad, pues administrado exclusivamente por los plebeyos, su poderío, sus riquezas contrabalancearon muchas veces la influencia de los nobles. Allí se ven las estatuas de sus fundadores, allí contemplamos la de Juan Grillo que hizo un legado para pagar la mitad del impuesto sobre el trigo para aliviar á los pueblos, allí vimos un Grifo de mármol sajetando el Aguila Imperial y la zorra, armas de los Pisanos con esta inscripcion.

Griphus ut has angit

Sic hostes Genua frangit.  
 Génova destruye á sus enemigos como el Grifo á estas.

Génova que toda su opulencia antigua la debió á la actividad de su comercio, conserva aun mucha parte de él. Visitamos sus almacenes de sedería, sus fábricas de terciopelo, el que conserva aun su antiguo renombre y superioridad. El Tasso cuidaba siempre de que su gorra fuese de Terciopelo de Génova.

Tiene mucha fama la filigrana de esta ciudad, y así nosotros visitamos sus dos mejores fábricas las de Barbino y Fontana.

El conservatorio de Fieschino, convento y casa de trabajo que debe su fundacion en 1760 á un dominico llamado Fieschi, es célebre por sus flores artificiales que se esportan para toda la Europa y aun para la América. Admirable contraste! Santas y pobres vírgenes adornan y llenan de guirnaldas un mundo que han abandonado, y al través de una triple verja de fierro y por manos cubiertas de un tosco sayal esas flores brillantes pero muy caras para los estrangeros, salen á adornar el rostro de las bellezas del siglo.

Visitamos el palacio ducal, antigua residencia de su Dux, donde en otro tiempo estaban las estátuas de todos los grandes hombres que habian merecido bien de la patria, estátuas que los furiosos hicieron pedazos en 1797, y á que hoy han reemplazado las estátuas de no sé que virtudes ó ciencias, como si la imagen fiel de los hombres heroicos, desinteresados y elocuentes, no fuera cien veces de mas ejemplo, y produjese un efecto mas eléctrico en el alma que la fria representación de una muger con túnica griega ó romana, y á la que llaman fortaleza, constancia, elocuencia.

Fatigados de andar aunque por calles tan bien embaldosadas de mármol, como pudiera estarlo la antecámara de un palacio, pues así están todas las de Génova, entramos en un palacio sobre cuya puerta cubriendo las armas de su ilustre dueño habia una mnestra de madera con la inscripcion *Hotel Provenzal*. Sirviéronnos la comida en el salon principal de él, adornado de hermosísimos frescos de Andrea Carloni. El techo representaba una victoria naval, y en sus muros se veían pintados de cuerpo entero el arzobispo Domingo Grimaldi, los almirantes Jorge y Nicolás Grimaldi, y los senadores Juan Bautista, Nicolás, y Agustín Grimaldi revestidos de sus magestuosas togas, obras todas del pincel del célebre Gio de Ferrari. Mas de cuatro veces el cubierto estuvo á punto de caer de mis manos creyendo ver la severa mirada de los antiguos dueños del palacio Grimaldi.

¿Quién hubiera podido predecir á este suntuoso salon en sus hermosos dias de gloria y opulencia que vendria á parar en comedor de fonda ó *restaurant*, y que el que habia servido para tantos festines y banquetes reales, serviria para las modestas comidas de los viajeros á tres francos por cabeza!

La multitud de los palacios es tanta, y faltan los grandes que un tiempo los habitaron!!

Génova fué una ciudad de mercaderes, de elevaciones de fortuna, que solo se encuentran en las ciudades marítimas, y así el mar fué el arquitecto que levantó esos bellos palacios de mármol.

Los comerciantes comprendieron con inteligencia que el solo medio de ennoblecer su tráfico, en aquellos tiempos caballerescos despreciado, era constituirse en generosos patronos de las bellas artes. El comercio de Génova solo favoreció las artes, descuidó altamente las letras. Mercaderes enriquecidos tuvieron la fantasía de levantar palacios: una vez levantados, cubrieron sus paredes de frescos y pinturas, decoraron sus galerías y jardines con está-

tuas. Para ellos fué una necesidad de lujo y de vanidad. Tomada por uno de ellos la iniciativa, ninguno quiso aparecer menor, todos siguieron su orgullosa senda. Nada cuidaron de la historia, nada de la filosofía, nada de la poesía. Estos objetos no podía desplegarlos fácilmente el orgullo del propietario, á los ojos de su celoso rival, ó de la atónita muchedumbre. Así estos hombres acostumbrados á las frías operaciones de la aritmética, eternamente encorvados en sus escritorios, prosáicos calculadores de la vida mercantil, vertieron á manos llenas su oro sobre los pintores, arquitectos y escultores, y dejaron vegetar en la sombra á los escritores. Así Génova tiene con gloria una escuela de pintura propia, y cita entre la lista de sus ilustres hijos tantos arquitectos hábiles, pintores y escultores célebres, y ni un solo gran escritor, historiador, filósofo, ó poeta.

Era cerca del anochecer cuando nos dirigimos al muelle para volver á bordo del *Lombardo*. En las esquinas de todas las calles de Génova hay colocadas imágenes de vírgenes y santos, en altos nichos graciosamente esculpidos de mármol ó granito; ramos de flores los adornan; lámparas de plata siempre encendidas los alumbran; los hombres al pasar por delante los saludan descubriendo su cabeza, las mugeres haciendo la señal de Cristo.

Ya cerca del muelle pasamos por delante de una de estas *Madonas* ó vírgenes. El nicho estaba iluminado, y en el targeton de plata se leía: *Ave stella maris*: Salve, estrella del mar! Cuántos, al marchar á ese mismo mar donde íbamos de nuevo á confiar nuestras personas, la habrían implorado con tan dulce nombre! Cuántos, al volver, la habrán dado con él gracias de su poderosa protección!

Subimos sobre el paquebot, y á las siete de la tarde comenzamos á salir de la bahía. ¡Qué vista tan encantadora la de la bahía llena de buques, con el delicioso círculo que forman las orillas, la soberbia ciudad que se presenta en anfiteatro, el faro que se alza en medio de su punto, los dos muelles gigantescos que se adelantan sobre el mar! Génova es la bahía mas hermosa de la Italia despues de la de Nápoles; pero es la primera en poder, en gloria, en recuerdos históricos. Génova no es solo un pueblo de Italia, es un pueblo europeo. Su marina trasportó los cruzados, sus bajeles sirvieron á Alemania, á Francia, á España. Su historia está enlazada con la historia de todos los pueblos.

Largo tiempo permanecí sobre cubierta reclinado en el costado del buque viendo borrar en las sombras de la noche uno á uno todos los monumentos de la hermosa Génova dirigiendo mi triste despedida á una ciudad de quien conservaré toda mi vida las gratas impresiones de donde me marchaba, y donde no sé si volveré jamás, habiendo encontrado que es absolutamente falso el insolente adagio sobre Génova, de que los hombres son sin fé, las mugeres sin pudor, el mar sin pescados, y los bosques sin leña. *Uomini senza fede, donne senza vergogna, mare senza pesce, bosco senza legna.*

### Liorna.

La mañana siguiente á las siete tocábamos en el muelle de Liorna. Reibimos aunque no con tanta rigidez la visita de la sanidad, cuyos agentes están vestidos con chaquetones de paño pardo y una bandolera azul á manera de los guardabosques de España. A las nueve desembarcamos. Vimos su

excelente y seguro puerto construido por los planos del célebre conde de Warwich, protegido por tres fuertes con un hermoso faro en frente construido sobre la roca en 1403 por la república de Pisa, edificio ligero, elegante, verdaderamente admirable compuesto de dos torres sobrepuestas. Entre las dos puertas de la ciudad hay una dársena que puede contener hasta noventa navíos, hecha por Fernando I. de Médicis fundador de la nueva Liorna, cuya estatua colosal de mármol está en el muelle escitando la admiracion de los estrañeros, cuatro figuras accesorias de bronce representando cuatro esclavos africanos encadenados, modelo de Pedro Tacca. Este es el único monumento que encierra esta ciudad que parece estraña á la Italia.

Lo que distingue todas las ciudades de la Italia son los monumentos de las artes, los recuerdos gloriosos de la historia. De recuerdos y monumentos carece Liorna. Ni Liorna puede envanecerse de un alto origen, ni de haber consagrado su existencia con las obras del genio. Liorna con sus riquezas, con sus 75,000 almas es solo una aventurera que ha llegado á ser una gran señora.

La ciudad de Rómulo fué en sus principios un asilo abierto á todos los vagos de la tierra, y concluyó por ser la señora, la dominadora del mundo. Liorna comenzó como Roma, pero se ha estacionado en su principio. Ha abierto su puerto franco á los ingleses que nada tienen que hacer en Inglaterra, á los americanos que América deshecha, á los españoles que su patria arroja de su seno, á los franceses vergüenza de la Francia y de todos estos países se ha formado con muy pocas escepciones un pueblo, y este pueblo es la flor de la canalla del mundo.

Al saltar en tierra, lo que primero llamó nuestra atencion fueron los galeotes condenados á trabajos públicos, hombres á quienes el crimen habia reducido á la condicion de bestias, cuyo servicio hacian uncidos á un carro trasportando arena y materiales para la construccion del muelle. En sus vestidos, amarillos unos, encarnados otros, llevan sobre la espalda escrito el crimen que motiva su condena, y nos estremecemos de horror al leer sobre algunos de ellos *por homicidio premeditado, por asesinato y robo á mano armada* y otros. La pena capital no se aplica jamás en Toscana. Aquellos infelices nos pedia limosna deseándonos un feliz viage, que podria muy bien serlo puesto que ellos estaban encadenados.

Lo que pasma apenas se pone el pie en el muelle, es la corriente tumultuosa de las gentes que se agitan en las calles, y el carácter tan estrañamente variado de sus tipos. El viagero se vé acosado, sitiado, perseguido tenazmente por una porcion de hombres que le ofrecen todos á la vez, unos sus servicios, otros sus mercaderías, otros *ragazze* ó sean mugeres, preocupados todos de un solo pensamiento fijo, esclusivo, la ganancia, viéndose en sus fisonomías estrañas, y en sus vestidos un pueblo compuesto de todos los pueblos del mundo. Fatigados sin podernos desembarazar de los hombres que nos perseguian, sin que en esto haya hipérbole ó exageracion, entramos un momento en una iglesia que hallamos al paso, y donde en vano buscamos un asilo.

Los hombres nos aguardaron á la puerta. Era la iglesia de Santa Julia, y estaban diciendo una misa segun el rito griego. A nuestra salida hallamos á nuestros implacables perseguidores: capitulamos con ellos diciéndoles que despues de almorzar, que era nuestra primera necesidad, veríamos sus mercaderías, y compraríamos algunas de ellas, y tomamos por nuestro guía á uno de ellos, que era un frances, y el que nos libertó de tan molesto acompaña-

miento, y nos condujo á una de las mejores fondas, llamada el *Giardinetto*, donde sirven muy bien.

Nos propusimos recorrer la ciudad. Como Liorna no tiene poblacion propia, sino que es una ciudad compuesta del deshecho de los habitantes de todo el globo, es una ciudad sin monumentos, sin recuerdos, sin poesía. ¿Qué ornamentos, qué grandes creaciones del arte podrán darle hombres que nada le deben, qué interés pueden tener en su adorno y en su gloria extranjeros que solo piensan en reunir lo mas pronto posible, y por cualquier medio, el botin que sueña su avaricia, para marchar despues á gastarlo en su pais ó en otra parte? Nada hermoso, nada grande debe esperarse en un pueblo donde habitan en tan crecido número los extranjeros.

Una sinagoga es el solo monumento notable que presenta Liorna. Ciudad de judíos, diríase que es un monumento alegórico. Es sin disputa el templo mas suntuoso que tienen los israelitas. Sus tres altares, donde se guardan los libros de la ley, son de riquísimos mármoles, y el principal de lapiz-lázuli, y al rededor de la coraisa del templo se lee en lengua castellana: *Sumisos á Dios y obedientes siempre á los principes*. Sin duda fué construida esta sinagoga por los judíos espulsados de España.

En Liorna hay templos de todas las religiones.—Visitamos un templo armenio, cuyos altares son en un todo semejantes á los de los romanos y sus santos los mismos. En la iglesia griega, la primera que hemos visto de esta clase, no hay mas que un solo altar con la cruz santa de Cristo, separado del cuerpo de la iglesia por una valla ricamente adornada, y donde están los *spiridiones* ó santos griegos todos de plata excepto el rostro que es del lienzo del cuadro.—Once son las iglesias católicas de Liorna. La catedral que se halla en la plaza principal es un edificio poco notable en su exterior, pero tiene un magnífico techo, y un cuadro de su patrona santa Julia pintado por *Cazzarini* y regalado por el actual gran duque de Toscana.

El palacio del gran Duque está tambien situado en la plaza principal, es sencillo y pequeño aunque de buena arquitectura moderna.—La guarnicion de Liorna perfectamente vestida estaba sobre las armas porque aguardaba la llegada del duque desde Pisa.

A falta de monumentos ocupámonos en visitar los principales establecimientos comerciales. En los almacenes de Micali admiramos en mármol de Carrara las copias de casi todas las mas bellas estátuas de los museos de Italia que esportan para la América principalmente, contemplamos las magníficas mesas de escayola con sus primorosos dibujos y lo arreglado del precio de estos géneros tan raros y tan costosos en España, y Francia, nos sorprendió.

En el bazar turco del judío *Salvator Arbid* vimos uno de los mas ricos depósitos de Europa para cachemires, plumas y telas orientales y géneros bordados riquísimamente de oro y plata. Arbid pide ordinariamente una cuarta parte mas del precio de sus géneros, que no rebaja sino á la última hora. Yo he visto á una de las señoras inglesas que venian en el vapor con nosotros ofrecer por un hermoso cachemir negro 1400 francos. Arbid pedia 1800. La siguió á todas partes por la ciudad, bajando progresivamente, y cuando por la tarde tomamos todos los viajeros el bote para trasladarnos al vapor, Arbid todavía desde el muelle gritaba á la señora inglesa, «mil y quinientos francos.» Próximos ya á partir llegó el judío en una lancha á someterse á lo ofrecido y traer á la señora el hermoso cachemir; un minuto despues ya habíamos partido de Liorna. Esto da una idea de la constancia con que los vendedores persiguen á los extranjeros.

No son más desinteresadas las gentes del pueblo, en extremo serviciales y officiosas. Mientras mis compañeros de viage fueron á hacer unas cuantas compras, permanecí yo aguardándoles en la plaza principal, y con objeto de presenciár la llegada del Gran-Duque. Me detuve en una esquina á leer los anuncios del teatro y de los vapores que cruzan el Mediterráneo. Mientras yo tenia fija la vista en los carteles, un hombre se colocó á mi lado y se puso á leer los anuncios en voz alta y bien inteligible. Pensé desde luego que este buen hombre no tenia mas idea que hacer ostentacion de su instruccion en leer correctamente, pero bien pronto me hizo salir de mi error. No era una necia vanidad la que le hacia tomarse este trabajo sino su codicia. Apenas habia terminado su lectura con una graciosa sonrisa y con términos muy obsequiosos, reclamó el salario de su trabajo, habia querido, me dijo, evitar á *mi exelencia*, título que indistintamente dan á todo viagero en Italia, el trabajo de leer por mí mismo. Se habia instalado en lector oficial mio, y reclamaba el pago de su empleo. Yo le respondí que, *mi exelencia* no tenia la costumbre de pagar á sus lectores y que este cargo cerca de *mi exelencia* era puramente honorario.

Pocos momentos despues y deseoso de reunirme á mis compañeros de viages, habiendo encontrado á un hombre de buena traza y bien vestido, le pregunté por la calle Ferdinanda, que es una de las mas hermosas de Liorna, me dió las señas con la mayor atencion y urbanidad, y le dí las gracias, cuando en su humilde actitud y en el estender la mano conocí que aguardaba otra recompensa. Esto me hizo desear perder de vista cuanto antes á Liorna, *urbem venalem*.

Las calles de Liorna son rectas, espaciosas y perfectamente empedradas. La parte septentrional de la ciudad está atravesada, como Venecia, de canales para traer las mercancías hasta las puertas de los almacenes, por lo que este cuartel se llama la *nueva Venecia*.

La ciudad es hermosa, sus habitantes detestables, sitiadores tenaces del extranjero á quien procuran engañar y sacar por todos los medios el dinero. La vida, el movimiento que se nota en la poblacion no es ya animacion y actividad, es confusion, tropel, baraunda, es como la agitacion de la multitud en una noche de máscaras, que tales parecen sus habitantes por la prodigiosa variedad de sus trages. Cuando en nuestra España para denotar el desórden y la confusion se dice: *Esto es una Liorna*, se espresa una idea exacta, una metáfora justamente aplicada.

Las mugeres de Liorna no tienen trage característico y presentan como los hombres en sus vestidos el tipo de la nacion á que pertenecen, ó de que se derivan. No tienen la modestia ni la gravedad de las de Génova, y mas de cuatro veces tiene el viagero que resistir á sus provocaciones.

A las cinco, salimos de aquella babilonia y nos volvimos al vapor. El gran duque de Toscana, Leopoldo II, y la gran duquesa en una elegante felúa tripulada por veinte remeros perfectamente uniformados y dirigida por un general de la marina toscana, recorria las aguas del puerto. Detúvose delante del vapor, subió á él, lo visitó detenidamente, saludó afable á los viageros dirigiéndoles algunas palabras, y despues permaneciendo largo tiempo paseando por el muelle para presenciár la salida del buque. El gran duque de Toscana es un hombre de 40 años, de aire noble y bastante buena figura. La gran duquesa de Toscana es hermana de la reina Cristina de España, algun tanto parecida á esta augusta señora.

Detúvonos algo la visita del gran duque, y despues de aguardar á que él

se hubiese situado en tierra en punto conveniente para vernos salir, perdimos de vista á Liorna, á esa ciudad sin habitantes propios, mercantil solo, cuyo incremento va en auge y que será bien pronto tal vez tan grande como Florencia.

El capitán nos había prometido que al amanecer estaríamos sobre el muelle de Civitavechia, que allí encontraríamos carruages dispuestos para recibirnos y que por la noche podríamos entrar en la antigua capital del mundo.

A pesar del fresco de la noche, permanecimos varios viajeros, sobre cubierta, porque queríamos ver al pasar la isla de Elba.

Las diez serian de la noche cuando se presentó á nuestra vista esa famosa isla, y con ella todos sus recuerdos. Desde esa isla el leon de Córcega, rota su cadena, se lanzó sobre el continente para reconquistar solo, absolutamente solo, un imperio. Grande, terrible leccion que de un modo solemne dió Dios á los soberanos de la tierra! Un hombre se presenta solo para apoderarse de la Francia, y se apodera de ella. Ese mismo hombre sobre el trono, rodeado de numerosos ejércitos, es á los cien dias abandonado de todo el mundo, y llevado cautivo sobre una ardiente roca del Atlántico para terminar allí su gloriosa y aventurera existencia.

Bien pronto desapareció de nuestra vista la isla de Elba, prisión del grande Napoleon, pórtico del sepulcro de Sta. Elena!!!

Lleno de estas melancólicas ideas me arrojé sobre mi cabina y al despertar á la mañana siguiente nos hallamos en el puerto de Civitavechia.

## UN NOVIO A PEDIR DE BOCA

comedia en tres actos por DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS,

*ejecutada últimamente en Madrid.*

Qué es una comedia de costumbres? Esta calificación vaga corresponde á todas las obras dramáticas destinadas á presentar en el teatro el ridículo de los hombres y de las cosas, ya sea únicamente con el objeto de escitar la risa de un auditorio, ó ya con el de corregir al mismo tiempo algun vicio, ó demostrar é inculcar alguna verdad moral y provechosa. Con tal que pinte fielmente las costumbres que se propone ridiculizar para hacer reir solamente ó para corregirlas por ese medio, merece aquella calificación, y lo mismo son para nosotros comedias de costumbres los sainetes de D. Ramon de la Cruz, que el *Misántropo* y el *Tartufe* de Moliere, lo mismo las comedias del señor Breton, que la *Calumnia* y la *Camaraderi* de Scribe. Sentimos haber tenido que acudir al teatro extranjero, para reunir de este modo los dos extremos de la grande escala que puede recorrer libremente la comedia de costumbres; pero todo el que juzgue del nuestro con imparcialidad conocerá que no podíamos hacer otra cosa.

Ahora bien, el escritor dramático que se dedica á este género, es muy dueño de recorrer de un extremo á otro dicha escala, si se encuentra con fuerzas para tanto, de fijarse en el mas elevado extremo de ella si puede mantenerse á tal altura, ó de colocarse en un punto intermedio si la conciencia de

sus facultades, ó su gusto particular no le dan ánimo ni deseo para subir hasta la cumbre. El deber del crítico es colocarse para juzgarla á la misma altura que el autor ha colocado su obra; ni mas arriba, ni mas abajo; el deber del público (porque tambien el público tiene deberes que cumplir con los escritores dramáticos, si quiere atender al decoro de nuestro teatro nacional, y al suyo propio) es poco mas ó menos el mismo. El público y los críticos han sido injustos muchas veces con el señor Breton, y nosotros no vacilamos y nos complacemos en decirlo aprovechando la ocasion en que vamos á juzgar con alguna severidad una comedia suya, disintiendo en parte de la opinion del público que la ha aplaudido. De esta manera podrá tacharse nuestra opinion de errada si se quiere, pero no de parcial ni de apasionada. El público ha sido justo con el señor Breton al aplaudir esta comedia, porque le habia desairado antes otras que no merecian tan severo fallo, y debia en este sentido, una reparacion á uno de nuestros mas apreciables autores dramáticos; pero ha sido demasiado indulgente con respecto á la comedia que nos ocupa, porque esta, á nuestro juicio, vale menos que las que le ha desairado otras veces.

Al juzgar esta comedia de inferior mérito y de mas suerte que otras del mismo autor, no se crea que olvidamos los principios que hemos sentado mas arriba. Consideramos esta comedia de corto mérito, no porque abrace grandes miras sociales y filosóficas, en lo que ha estado muy lejos de pensar el señor Breton al escribirla, no porque no pertenezca á lo que llaman buena comedia ó alta comedia, pues no tiene pretensiones de tal, sino porque sin salirnos de la esfera en que la ha colocado su autor, notamos en ella muchos defectos en el plan y la marcha de la accion, á pesar de su estremada sencillez, inverosimilitud en algunas situaciones, pobreza en los recuerdos de que se vale para salir de ellas, y no mucha verdad en los caracteres, y estas son faltas censurables en toda obra dramática pertenezca al género que se quiera. La mayor parte de estos defectos tiene origen á nuestro entender, en una brillante cualidad que posee el señor Breton en alto grado: en la facilidad, belleza y soltura de la versificacion y del diálogo. En esto no reconoce rival, y esto solo hasta para dar á sus obras un sello peculiar que las distingue de todas las de sus contemporáneos y que las hará vivir en la posteridad: fiado en esta excelente cualidad, descuida todas las demas que son indispensables para una buena comedia hasta un punto lamentable. Como algunos aventureros de la edad media que fiados en su valor y destreza en el manejo de las armas, llevaban la razon y el abono de sus acciones en la punta de su lanza, argumento irresistible en aquellos tiempos; el señor Breton quiere sin duda hacer pasar sus poco meditados planes y la desnudez de la mayor parte de ellos, á fuerza de chistes y viveza del diálogo, y una versificacion fluida y correcta. No podemos explicar de otra manera estos defectos de que adolecen la mayor parte de sus obras; pues es imposible creer que su distinguido talento y la experiencia que debe haber adquirido en su larga carrera dramática, no alcanzen á combinar la accion de una fábula con mas arte que un principiante. Limitándonos á la comedia que nos ocupa, vamos á analizarla rápidamente, señalando de paso y en su lugar los defectos de que la hemos acusado mas arriba.

El pensamiento que á ella preside, es bueno, del dominio de la comedia de costumbres y de útil aplicacion. Trata de corregir la manía de ciertas mugeres, que temiendo la tiranía de un marido dominante, y que las esclavice mas de lo justo, dan en el extremo opuesto; y buscan para esposo un hombre

dócil y sumiso á su voluntad, y aun á sus caprichos, que las deje obrar libremente; en fin, *un novio á pedir de boca*. Luisa, viuda, jóven y rica, que ha sufrido por algunos años el mal humor y la sujecion de un marido impertinente, se halla ahora rodeada de tres galanes que solicitan su mano: D. Diego, elegante, fátuo y presumido de buen mozo; D. Jorge rico capitalista, que es brusco y mal educado porque tiene dinero; y D. Miguel, hombre de talento porque el autor lo dice; pero no porque dé pruebas de ello en nada de lo que hace. La viudita rehusa todo compromiso formal con los tres; pero quiere conservar su amistad, sin duda por si no se presenta otro candidato á su gusto; acogerse á lo que hay en casa. Los aspirantes que no se conforman con el frio nombre de amigos, se conciertan entre sí para obligarla á que se decida por uno de ellos, prometiéndose mutuamente respetar su eleccion. En esto llega la viuda, y los tres amantes se esconden detrás de un biombo que el autor ha puesto en la sala para este fin, y del cual van saliendo uno á uno, sin que lo advierta la viuda; hacen su declaracion, y despues de las correspondientes calabazas vuelven á esconderse otra vez en el socorrido biombo, á presenciar las de su compañero sin que tampoco lo advierta la inadvertida viuda. Por último, y despues de la última declaracion del último declarante, descubre aquella el escondite; y entonces les repite en extracto y públicamente, lo que antes les habia dicho á cada uno de ellos por estenso y en particular, y los despide en términos muy amistosos, y muy parecidos á los que usa Marcela en la comedia del mismo autor que lleva este título, y con la cual el carácter de Luisa y la mayor parte del primer acto de esta otra tienen tal semejanza, que casi parece copia. Toda esta escena es violenta é inverosímil, está llena de apartes vulgares y solo la sostienen el diálogo y la versificacion. Este es el oro, con que (como hemos dicho, y aun tendremos que repetirlo) el señor Breton dora la píldora de sus defectos.

Despachados como se ha visto los tres amantes, no tarda en presentarse el cuarto á quien Luisa no conoce y que se anuncia por medio de una carta en que le pide una entrevista. Dice, que es pobre pero que la ama, y que será dócil y humilde como un cordero: si obtiene su mano renuncia formalmente á todo derecho de mando absoluto, sobre ella, que es muy corto de génio, y que se llama Celestino. Cómo resistir á tan raro mérito? La viuda se entusiasma con la lectura de esta carta singular: ya vé realizado su bello ideal, ya ha encontrado el hombre que buscaba, *el novio á pedir de boca*; y le concede la entrevista para de allí á pocas horas, ó por mejor decir para el segundo acto.

En esto se presenta efectivamente nuestro héroe, y su carácter no desmiente en verdad lo que en la carta prometia.

La cortedad que manifiesta delante de Luisa casi parece tontuna, y aquella despliega tal resolucio y desembarazo para animarle á que se explique, que á nosotros nos pareció algo mas que coquetería. Sin embargo esta escena está bien conducida, llena de chistes, perfectamente escrita y de las mejores de la comedia.

Pero aun no ha descubierto D. Celestino todas sus buenas cualidades: poco despues manifiesta que es tan corto de valor como de génio. Tolera las bur-las de D. Diego, sufre con paciencia los insultos de D. Miguel, y se desmaya al oír las amenazas de D. Jorge, cayendo en brazos de la viuda que acude á sostenerle. Esta situacion escita la risa, pero es ya demasiado ridícula é inverosímil, y mas propia de una farsa de figuron, que de una comedia de costumbres. Y no se nos diga que todo esto es una ficcion para halagar la mania

de Luisa, porque aun cuando el espectador pueda haberlo adivinado, el autor no se lo ha revelado ni quiere que se adivine todavía, y además D. Celestino debe fingir su papel con verosimilitud si quiere que la viuda le crea. Esta á pesar de que la cobardía no es un requisito indispensable para ser un marido amable y condescendiente con su muger, se enamora mas y mas y grita para que le socorran y le llama *mi bien!* y otras cosas por este estilo delante de todo el mundo: y no se limita á esto solo, sino que trata al momento de la boda, y Luisa la aplaza para el día siguiente, diciendo que *por ella cuanto antes mejor;* y convenido así, se retira. Entonces queda solo el novio con un criado, que es el que le ha ayudado en su intriga, y se sabe positivamente que todo ha sido una farsa para lograr la mano de Luisa, que no es cobarde, ni corto de genio, ni tonto; y que la tonta es la viuda que se lo ha creído.

En el tercer acto *el novio á pedir de boca*, es ya un marido *idem*, y prosigue haciéndose el bobo con su muger, para demostrarla palpablemente con hechos los inconvenientes de un marido de esta especie, ó acaso, acaso, para que la comedia pueda tener un acto tercero. Nuestros lectores escogerán de estas dos hipótesis la que mejor les parezca: nosotros estamos por la primera.

El desengaño no tarda en llegar. D. Jorge lleno de cólera al ver perdidas sus esperanzas escribe una carta al marido, desafiándole: D. Diego escribe otra carta á la muger burlándose del marido, pero sin perder como Jorge la esperanza, y D. Miguel escribe tambien; pero no una carta, gracias al album de Luisa, en el que tiene la galantería de estampar una letrilla satírica sobre la boda de esta. Aquí es ella: Luisa quiere que su marido la vengue de estos ultrages. Estraña exigencia despues de haber visto lo del desmayo del segundo acto! El marido dice que no sirve para eso sino para ser muy humilde y quererla mucho. Tiene razon: esto era lo que la ofrecia en su carta, y nada más. Luisa se desespera, y se convence, algo tarde, de que *un novio á pedir de boca* no sirve para marido. Celestino la deja en esta situacion; y sale de casa para bafirse con D. Jorge, al que segun cuenta despues traspasa el brazo de una estocada. Entretanto que esto sucede, D. Diego tiene la osadía de presentarse en casa de Luisa, y aun de recordarla su amor; pero en esto vuelve Celestino, y su muger que le vé venir, obliga á D. Diego á esconderse detras del socorrido biombo, temiendo que su marido no sospeche que ella le ha mandado venir. Estraña conducta hallándose inocente, temor mas estraño todavía atendido el carácter poco *spicaz* y nada colérico que ella debe suponer en su esposo! Pero éste ha visto á D. Diego al pasar por delante de la reja; y despues de contar su desafío con D. Jorge, le hace salir de su escondite. Le pregunta por que se halla en aquel sitio, y como este quiera disculparse fingiendo amores con una criada, Celestino hace venir á Marcelina, vieja habladora é impertinente, que favorecia los amores de D. Diego, y los echa á los dos de casa, haciéndolos salir del brazo hasta la calle. Luisa admirada del cambio de carácter que observa en su marido, le pide esplicaciones, y él le manifiesta todo lo que ya saben nuestros lectores, y además que es tan rico como ella. Con esto y con castigar á D. Miguel obligándole á firmar un papel en que este dice por boca de ganso que es el peor hombre del mundo, se acaba la comedia, reconociendo Luisa en su marido el derecho de mandar en su casa y prometiendo este hacerlo con arreglo á la ley y sin estados de sitio, bombardeos ni otras medidas violentas é inconstitucionales.

Este desenlace es sumamente lento y hasta inverosímil por lo que respecta al castigo de D. Diego y D. Miguel; pero no carece de efecto dramático.

(1665)

Toda la comedia está perfectamente escrita y dialogada, como ya hemos dicho, y tan llena de chistes que nosotros mismos, que ahora la censuramos con cierto rigor, pagamos en la luneta con nuestra risa y nuestros débiles aplausos, un justo tributo á este indispensable mérito del señor Breton. Con todo no dejamos de notar algunas gracias algo chocarreras, y que ofenden á los oídos delicados; defecto con que sentimos que el autor manche la mayor parte de sus comedias, tanto mas, cuanto él, menos que ninguno, necesita valerse de tan pobres recursos para escitar la risa del público.

La ejecucion fué buena; distinguiéndose la señora Díez y los señores Romea (D. Julian) y Guzman, los cuales no dejaron nada que desear en sus respectivos papeles.

**BENEFICIO DE DOÑA BÁRBARA LAMADRID.**

(Madrid, teatro de la Cruz.)

Tres obras originales de dos autores justamente apreciados del público, han compuesto la funcion, que se estrenó noches pasadas en el teatro de la Cruz, á beneficio de la señora Lamadrid. *De un apuro otro mayor*, comedia en dos actos del señor Gutierrez; *Sofronia*, tragedia en un acto y el *El puñal del godo*, drama tambien en un acto, ambas obras del señor Zorrilla.

*De un apuro otro mayor*, es una comedia escrita á nuestro juicio sin mas pretensiones que las de entretener agradablemente al público, con una fábula sencilla y que no carece de interes. La ligereza con que están tocados todos los caracteres, la incorreccion que se nota algunas veces en la versificacion, que tan esmerada es en todas las obras del autor, y alguno que otro descuido de menos valor, manifiestan claramente, que esta comedia ha sido escrita con precipitacion y sin mas objeto que el que dejamos indicado. Considerándola bajo este punto de vista no carece de mérito. La fábula, aunque sencilla como ya hemos dicho, está bastante bien conducida, y marcha á un desenlace de muy buen efecto dramático, sin pesadez ni violencia, y con un interes progresivo. Procuraremos dar una ligera idea del argumento, señalando de paso las escenas mas notables.

La acción pasa en Zamora en tiempo de las comunidades, en el mismo dia y á pocas horas de la famosa derrota de Villalar. Ines hermana de D. Diego gobernador de Zamora, está casada de secreto y sin noticia de su hermano con un don Juan, que pelea bajo las banderas de Padilla. Este, habiendo logrado escapar á la matanza, busca asilo en Zamora para reparar sus fuerzas, y despues de abrazar á su esposa refugíase en el vecino reino de Portugal: logra por medio de un criado poner en manos de doña Inés una carta en que la avisa su llegada, y que aquella recibe en el momento en que un D. Blas secretario del gobernador, personaje ridículo, presuntuoso y nada valiente, la está haciendo una declaracion amorosa. Doña Ines logra desembarazarse del importuno y hace entrar á D. Juan por medio del criado que trajo la carta. Aquel le cuenta su situacion, y la derrota que acaban de sufrir los comuneros. Despues le manifiesta el riesgo que corre su vida si su hermano el gobernador le descubre en su casa, pues D. Diego, aunque amigo suyo en otro tiempo, es un caballero honrado é inflexible en el cumplimiento de su deber. D. Juan trata de tranquilizarla; pero el ruido de una persona que se acerca la obliga á ocultarse en su cuarto. Doña Ines se halla entonces cara á cara con D. Fernando, especie de espía del cardenal Adriano y que ha traído

á Zamora la noticia de la victoria de las tropas del emperador. Es tambien rival en amores de D. Juan, pero ignora el casamiento de este con doña Ines; le ha seguido en su fuga y por la alteracion de aquella, que él trata de aumentar con cautelosas amenazas, conoce que ha visto ya al fugitivo y sospecha que se halla escondido en la casa. Esta escena es una de las mejor escritas de la comedia y abunda en pensamientos excelentes muy bien expresados. Tal es el siguiente en boca de doña Ines, respondiendo á D. Fernando que la acusa de favorecer á un rebelde.

La causa no averiguo: en las discordias

Que al hermano separan del hermano,

Los hombres juzgan, las mugeres lloran!

Por último, D. Fernando la propone que corresponda á su amor si quiere salvar la vida de D. Juan, pero ella resiste con dignidad á sus ruegos y á sus amenazas, y D. Fernando, despechado, descubre al gobernador el paradero del proscripto, al cual se ve obligado á arrestar en su palacio, respondiendo de él, y sin ocultarle que le aguarda la muerte.

En el segundo acto doña Ines tiene una entrevista con D. Blas al que han encargado la custodia del prisionero. En ella logra persuadir á este que la deje hablar un instante con D. Juan: sin duda con ánimo de concertar juntos algun medio de darle libertad. El remedio se ofrece algo violentamente, pues el gobernador encarga á D. Blas de una orden para la frontera de Portugal, á fin de contener la fuga de los comuneros desbandados, y le firma un salvo conducto para poder salir de la plaza á aquella hora de la noche. Doña Ines concibe al momento la idea de apoderarse del salvo conducto y de hacer salir á su esposo de Zamora en lugar del secretario, y esto produce una escena bastante cómica entre los dos, y en que D. Blas, aturdido y atemorizado con los enredos que le cuenta doña Ines, deja en su poder el papel ignorando el destino que aquella quiere darle. Mientras doña Ines se aprovecha del salvo conducto para librar á D. Juan, el gobernador, que ha encargado á don Blas la pronta ejecucion de sus órdenes, y se lo encuentra aun en la sala, al parecer, resuelto á desobedecerlas, gracias á los enredos de doña Ines que así se lo ha aconsejado, se irrita en extremo; y el contraste de los caracteres de estos dos personajes da lugar á una escena llena de gracia y viveza de diálogo, y que el público oyó con marcadas muestras de aprobacion. La disputa se termina por la llegada de doña Ines, que interviene en ella, y despues de retirarse D. Blas descubre á su hermano que ha libertado á D. Juan y que este es su esposo. D. Diego sorprendido, la hace ver que por salvar la vida de su marido, ha comprometido la de su hermano, pues D. Fernando no tardará en saber la fuga del comunero, y le delatará como cómplice de ella al cardenal, cuya venganza será terrible.

Conciertan entonces los dos los medios de evitarla, y resuelven huir tambien á Portugal. Mientras doña Ines va á disponer lo necesario para la fuga, D. Fernando sorprende al gobernador meditando en la mancha que va á empañar su lealtad, y en la necesidad de poner á salvo su vida. Acaba de saber en efecto que D. Juan se ha escapado y se lo dice á D. Diego acusándole por ello, pero le ofrece su silencio si le otorga la mano de doña Ines: aquel aparenta escucharle para ganar tiempo, pero convencido despues de que el espiá no ha revelado á nadie la fuga de D. Juan, toma la resolucion de hacerle callar para siempre con la espada. Cierra á su contrario la salida y despues de varias contestaciones, le obliga á defenderse y le mata de una estocada. Esta escena está bien conducida, y escrita con vigor y precision. En ella se

acaba de desarrollar el carácter de D. Diego, y se termina la comedia, pues doña Ines que acude al ruido de los aceros, ve que su hermano nada tiene ya que temer con la muerte del espía, y D. Diego la permite ir á reunirse con su esposo, concluyendo con el siguiente rasgo de su carácter:

*Diego.* Dile á D. Juan que mi fe  
Su perdida amistad llora:  
Mas que no vuelva á Zamora!

*Ines.* Y si vuelve?  
*Diego.* Le ahorcaré!

Las dos obras de que aun tenemos que dar cuenta, nos impiden detenernos en manifestar como habíamos pensado lo útil que seria que nuestros escritores dramáticos cultivasen el género á que pertenece esta comedia, de escaso mérito si se quiere, pero que no impidiéndoles emplear sus talentos en obras de mayor empeño, contribuiria á desterrar de nuestro teatro las traducciones, redundando en provecho de los autores originales y en honra de la escena española.

La ejecución fué mediana.

*Sofronia.* El nombre de tragedia que lleva esta produccion dramática y la merecida reputacion que goza su autor nos ponen en la obligacion de examinarla con alguna severidad, aunque rápidamente por falta de tiempo y espacio.

El señor Zorrilla ha tomado sobre sus hombros la gloriosa empresa de resucitar ó por mejor decir, de crear nuestro teatro trágico. Ciertamente que el empeño es digno de su distinguido talento, y tenemos casi la seguridad de que le sacarán airoso de él las relevantes dotes poéticas que le adornan. Por eso sentimos que en la tragedia de que hablamos, la falta de tino en la eleccion de asunto haya malogrado las escelentes disposiciones del poeta. Nos explicaremos. Para nosotros la época, vulgarmente llamada del bajo imperio, no es la mas á propósito para la tragedia. Aquellos romanos corrompidos y degenerados carecen de las virtudes y de la grandeza que exige la dignidad de la tragedia, y difícilmente podrán elevarlos á ella los esfuerzos del poeta de mas talento dramático. Dos ejemplos de dos grandes poetas prueban que no es infundada nuestra opinion. Neron y Calígula son sin duda dos personajes odiosos, pero la misma grandeza de sus crímenes los hace mas á propósito que todos los otros emperadores de la época á que nos referimos, para elevarlos á la grandeza de la tragedia. A pesar de esto Racine en su *Británico* y Alejandro Dumas en su *Calígula* no han podido vencer enteramente las dificultades que sus respectivos asuntos ofrecen. El gran poeta trágico del siglo de Luis XIV, para disminuir la ociosidad y bajeza del carácter de Neron, le despojó tambien de su grandeza, presentándole en los primeros años de su reinado, en que si no era ya un malvado, era seguramente un hipócrita, y como dice Tácito: *Factus natura velare odium fallacibus blanditiis*. No se ocultó esto al claro talento del trágico frances, y por eso realizó tanto el carácter de Británico dando su nombre á la tragedia, y haciendo girar con habilidad su asunto sobre la muerte de este jóven príncipe, que por el corto papel que representa en la historia, dejaba al poeta entera libertad para amoldar su carácter al capricho de su imaginacion, y crear así el interés que de otro modo hubiera faltado á su obra. Dumas ha sido mucho menos feliz en el desempeño de su asunto y solo ha logrado hacer de Calígula un tirano de melodrama, por mas que ciña laurel y calce coturno.

El reinado del emperador Magencio, época de la tragedia del señor Zorri-

lla, es mucho mas raquítico y menos á propósito todavía que los otros dos para un asunto trágico, y ni aun puede llenar con dignidad é interes las estrechas proporciones de un acto á que el autor ha reducido su obra.

Se nos dirá que la verdadera heroina es Sofronia, y que el asunto sobre que versa la tragedia es la lucha pasiva y heroica de los cristianos contra la idolatria y el tirano poder de los emperadores. Pero esto no es cierto á nuestro parecer. La religion cristiana está tratada allí de una manera secundaria, y casi episódica, y por eso no interesa. Sofronia, que la representa, no aborrece tanto á Magencio por sus vicios, y porque es idólatra, como porque ama á otro hombre, y por esta razon no es un personage trágico sino una muger vulgar, una heroina de novela. La lucha de afectos y de deberes entre los principales personajes no existe, y por consiguiente la pasion trágica y el interes dramático desaparecen al mismo tiempo.

La gala de la versificacion pueden sostener solo esta obra en el teatro. El estilo es tambien digno de la tragedia, y sobresale por esta cualidad entre las demas escenas el monólogo de Sofronia.

La ejecucion fué buena; la señora Lamadrid contribuyó poderosamente al buen éxito de la tragedia, sacando el señor Latorre todo el partido posible del personage que representaba muy inferior en verdad á su talento y facultades.

No pasaremos á hablar de otra cosa sin hacer mencion de la linda decoracion del señor Aranda, que representa un atrio romano. El público le hizo justicia llamándole á la escena. Tambien al final de la tragedia se pidió el nombre del autor que reveló el señor Latorre.

*El Puñal del Godo* es una brillante improvisacion, que aunque no esenta de los defectos inseparables de una obra poco meditada, abundan de tal manera en ella las bellezas de todos géneros, que bastaria por sí sola para colocar al señor Zorrilla entre nuestros primeros poetas, si obras anteriores no lo hubiesen hecho ya. El fuego de la improvisacion brilla de tal manera en toda la obra que deslumbra al espectador y le hace pasar por todos los defectos del plan y por todas las verosimilitudes que contiene. No nos detendremos á censurarlas ya que por la estension de este artículo nos seria imposible enumerar despues sus muchas bellezas. Nos contentaremos con decir, que el argumento del drama se apoya en la tradicion que sostiene que D. Rodrigo logró salvar la vida en la batalla de Guadalete, y huyendo á Portugal murió desconocido en Viseo donde dicen se encontró su sepulcro.

Hay en el drama rasgos eminentemente poéticos, una versificacion valiente, relaciones bellísimas y situaciones eminentemente dramáticas. Entre estas últimas sobresale el reconocimiento de D. Rodrigo y el conde D. Julian por la precision, propiedad y energía del diálogo.

El público pidió la presencia del autor al concluirse el drama, y salió acompañado del señor Latorre, el cual desempeñó de una manera admirable el papel de D. Rodrigo. Pocas veces se han prodigado con mas justicia á actor alguno los aplausos con que en esta noche fué interrumpido á cada paso el señor Latorre.

